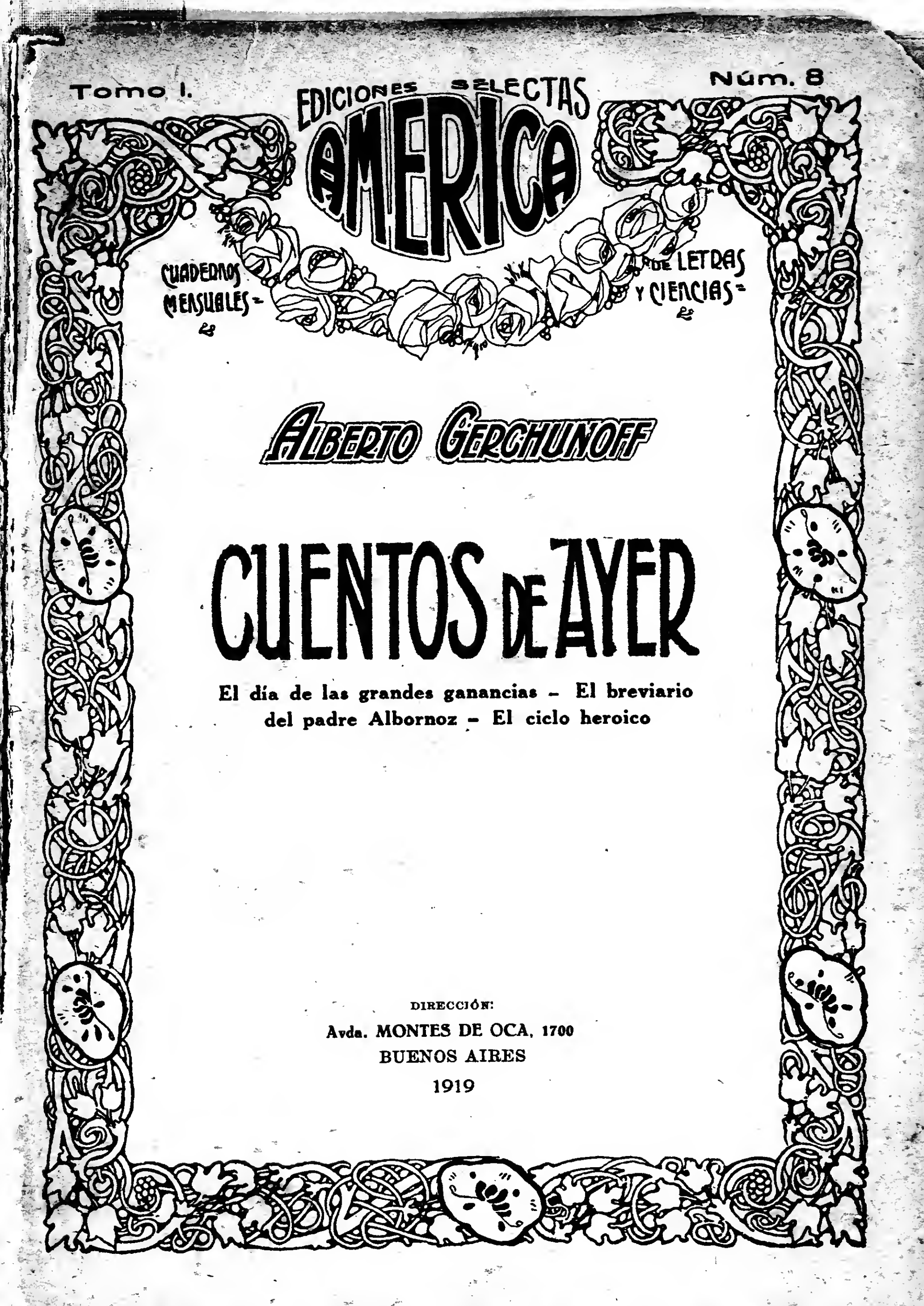

Alberto Gerchunoff

CUENTOS DE AYER

El día de las grandes ganancias - El breviario del padre Albornoz - El ciclo heroico

DIRECCIÓN:
Avda. MONTES DE OCA, 1700
BUENOS AIRES
1919

A LOS LECTORES

Acaba de aparecer nuestro primer volumen extraordinario conteniendo:

LOS PARQUES ABANDONADOS

Sesenta y cinco magnificos sonetos por:
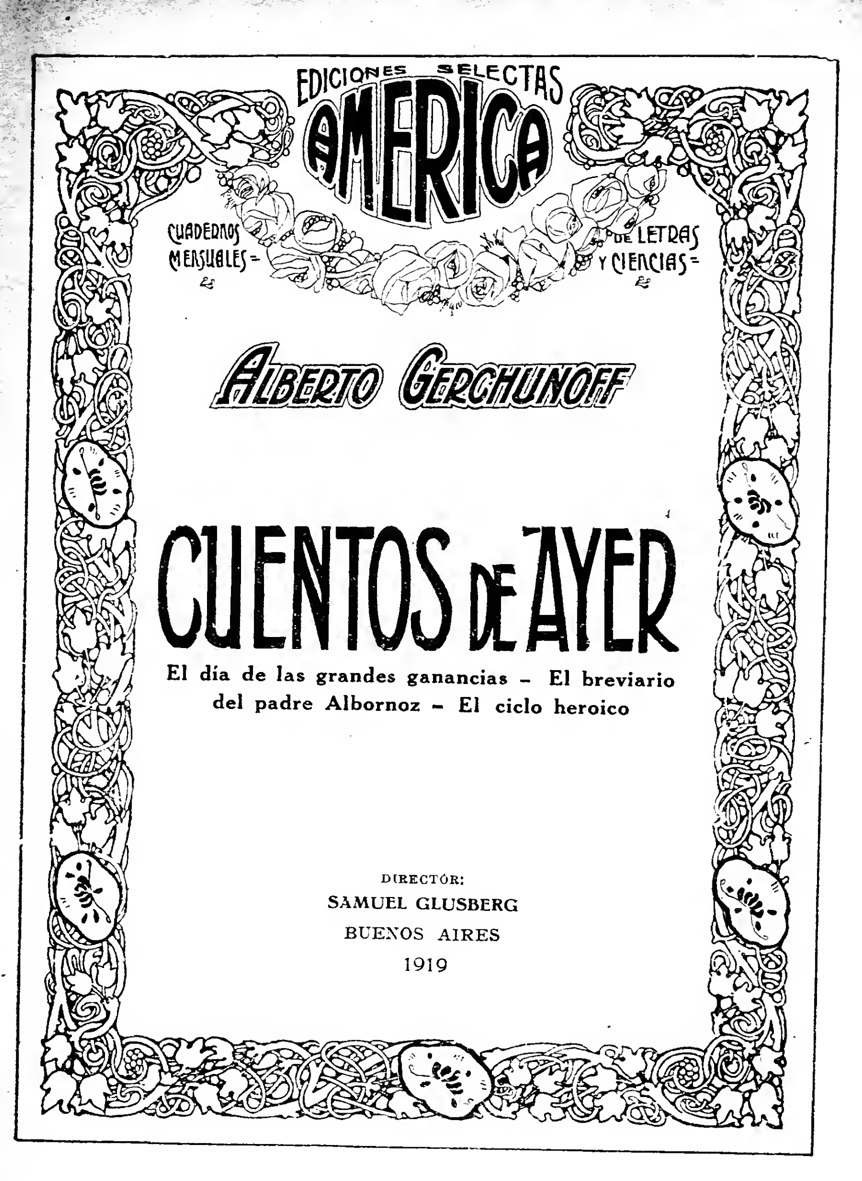
Julio Herrera y Reissig

Precio del ejemplar 0,80

Los suscriptores y lectores de América gozarán de un descuento de 15 % al hacer los pedidos directamente a nuestra administración Montes de Oca 1700, Capital.

No se tomará en cuenta ningun pedido que no venga acompañado del importe.

El importe debe ser enviado en giro postal o en estampillas.


EDICIONES SELECTAS
AMERICA
CUADERNOS MENSUALES
DE LETRAS Y CIENCIAS
ALBERTO GERCHUNOFF
CUENTOS DE AYER
El día de las grandes ganancias - El breviario del padre Albornoz - El ciclo heroico
DIRECTOR:
SAMUEL GLUSBERG
BUENOS AIRES
1919

ALBERTO GERCHUNOFF

Como la mayoría de nuestros escritores y poetas de mérito, Alberto Gerchunoff logró imponer su nombre con la publicación de su libro inicial.

Fueron las sobrias y vívidas páginas de **Los gauchos judíos** las que destacaron su personalidad de escritor y revelaron su prosa ágil, pintoresca è irónica, con algo de la música primitiva del **Cantar de los Cantares** y mucho del perfume agreste de la pródiga tierra de Entre Ríos, incomparable por el azul de su cielo.

Pero después de **Los gauchos judíos** las dos novelas **Tierra de Sión** y **Los conversos,** anunciadas en el libro, no llegaron a publicarse. La lucha por la vida hizo que el periodismo absorbiera todo el tiempo del escritor. Entonces Gerchunoff tornóse periodista activo, de combate, — polemista y político, — logrando, por cierto, hacerse inconfundible.

Y queda señalada la división entre el Gerchunoff escritor, y el periodista, división que muchas veces no creemos real; pero que establecemos para distinguir entre la prosa musical y bíblica de sus bellos cuentos y conferencias y la de sus artículos periodísticos que podríamos llamar su prosa cotidiana...

Del escritor son estas páginas que reunimos por vez primera con el nombre de **Cuentos de ayer.** Efectivamente son prosas de ayer, del ayer inovidable en que las supo vivir antes de escribirlas: porque fácil es descubrir a través de la recóndita ironía de **El día de las grandes ganancias** un trozo de autobiografía.

Alberto Gerchunoff ha publicado hasta ahora dos libros y algunos folletos con discursos y conferencias. Uno nuevo acerca de la guerra nos anuncia para en breve, además de la terminación de la novela **Los conversos,** de un volumen de cuentos y de otra edición de **Los gauchos judíos.**



EL DIA DE LAS GRANDES GANANCIAS

La *Tienda de las cuatro estaciones,* cuyo letrero rojo anunciaba increíbles baraturas en una musgosa pared de la calle Corrientes, me parecía aquella noche más triste que de costumbre. Su interior me producía una impresión desagradable. Era un local extenso y huraño. Iluminábalo un mechero de gas, cuya luz imprecisa hacía apenas visibles los montículos de mercancía popular que llenaban los mostradores y se aglomeraban en la falda de los viejos estantes. Aquel depósito sórdido de percales desteñidos, trajes de brín, blusas y chaquetas adquiridos en las subastas públicas, influía en mi espíritu como un cementerio. Y más aún me entristecía su dueño. Lombardo de fuertes piernas, espaldas enormes y cara redonda como un plato, en la que brillaban dos ojos grises, rientes y móviles, halíábase siempre instalado en el fondo del negocio, colgando de los labios la curva pipa de barro. Hombre de cuarenta años, obeso y jovial como un párroco de aldea, no concebía entre las paredes de la tienda el malhumor que amargaba mis planes. Reía continuamente. Conocedor minucioso del barrio, Pablo Rondelli — don Pablo — estaba al tanto de la vida y milagros de cada vecino. Sabía cuando finalizaba la contrata del conventillero de la cuadra y no ignoraba los sucesos mas nímios, comentándolos con las compradoras; subra-

yaba con señas y gestos las intenciones veladas y los secretos en circulación. Jamás se apuraba. De movimientos pausados, ronca la voz, iba y venía tras los mostradores atestados, dirigiendo preguntas y riendo.

—Con que siete metros de muselina. ¿No es así, doña Dolores? Siete metros... ¿Eh? Está bien, señora Luisa: ya le llegará el turno. ¡Bah! hay tiempo para todo... Pues sí. Don Juan entraba en la casa — venía del almacén — cuando oyó en el cuarto de esa mujer hablar al peluquero...

Así, mientras medía el democrático género, contaba a las parroquianas los incidentes del día. Ilustraba con chistes equívocos los episodios nocturnos atribuídos a la muchacha del sastre contiguo, a la recién casada, cuyo armario con espejo y cuyo lavatorio con mármol rosado suscitaran lógicamente la envidia. De su boca salían carcajadas y frases que recordaban la alegría insolente y sana de los cuentistas de Italia de los siglos transcurridos ya; esos cuentistas que descorrían en su imaginación avivada por los buenos vinos, las mantas de los lechos y exhibían la comedia de los idilios culpables, poniendo sobre las heroínas galantes, a manera de besos, risas sonoras y largas...

—Estás triste, muchacho — exclamaba con frecuencia. ¿Vendiste poco?

—Por cuatro pesos.

—Mañana, hijo mío, es primero de mes; si vas a Barracas al Sur puedes ganar más que en toda la semana.

Entregué a don Pablo el valor de lo vendido y me puse a coleccionar los artículos para la gran venta del día siguiente.

La cantidad sin precisar, augurada por la palabra del tendero, me entreabría una esperanza. Necesitaba poco para abandonar el comercio a que me dedicaba. Era yo entonces alumno del colegio nacional. Había dado examen de primer año, encontrándome imposibilitado para continuar los cursos. Me faltaba el dinero para la matrícula, carecía de libros, del traje de cierta aparien-

cia, a fin de que los camaradas de aula no se burlasen demasiado de mi aspecto gringo. Fueron estas las circunstancias que me relacionaron con el jocundo Rondelli y nuestro convenio comercial quedó establecido sin intervenir leyes ni escribanos. Jovialmente me llamaba su socio, pero la sociedad con el ruidoso y lento lombardo me afligía. Me recordaba con exceso mi situación económica, poco alegre siempre y especialmente en aquella época en que yo, a los catorce años, tentaba un nuevo oficio aprovechando las vacaciones. La tarea en sí no me amedrentaba. Acostumbrado a la pesadumbre del trabajo desde hacía cerca de tres años, la venta callejera, el bulto considerable de mercancías diversas, no agregaba aflicciones nuevas a las sufridas durante largo tiempo en talleres y fábricas. ¿Podía acaso compararse el sol de Buenos Aires con los rayos del sol que incendiaba el campo cuando yo alcanzaba desde el suelo gavillas de trigo al cargador, encaramado en el carro que parecía una parva? Lo que me tenía triste a los ojos de Rondelli era la persistencia de la pobreza, la imposibilidad de salir una vez por todas del cuarto numerado del conventillo, entre cuyas paredes adquirí el afán de estudiar y poseer, como el abogado vecino, una casa linda y fresca, una vida cómoda...

Pensaba yo en tales cosas, mientras escogía de estante en estante las mercaderías necesarias. En el fondo, don Pablo, hamacándose y haciendo cálculos a media voz, fumaba su pipa. De cuando en cuando me daba un consejo de índole práctica y me aseguraba entre risas estruendosas, las ganancias del siguiente día, el primero de mes. No se engañaba nunca. En comercio entendía tanto como sus compatriotas más conocidos. No era amigo de figurar a la manera de ellos, pero ha sabido progresar como pocos.

—Soy un viejo negociante, hijo mío. Hace diez años yo era más pobre que tú y ahora soy el dueño de *Las cuatro estaciones*. Yo sé lo que te digo: mañana ganarás mucha plata.

—¡Ojalá!

—¡ Ah ! Cuando concluyas, me escribirás unas cuentas. ¿Está bien?

—Sí, hombre.

Hechas las cuentas, don Pablo me ofrecía pasar juntos un rato en el café de la esquina, donde tenía prestigio de hombre serio y servicial.

Confieso que el gordo italiano era el mejor de mis patrones. Hasta esa época había yo conocido una variedad estimable en ese gremio.

Ninguno, ciertamente, superaba al agrio judío en cuya casa aprendiera yo el oficio florentino de pasamanero. A pesar de los palos, de los estrujones y de las multas que llovían sobre mis quince pesos de sueldo, gustaba de esa profesión complicada y elegante.

El telar me entretenía, y mientras nacían bajo mis manos, sobre la cinta angosta, flores pálidas y suaves dibujos, la lanzadera cantaba su canción y los hilos de seda crujían al compás de un ritmo invariable y solemne. El taller encerraba para mí un vago encanto que traducían los cantares de las muchachas mientras sus manos combinaban los colores de las sedas finas, los flecos y las rosetas que jamás lucirían sus vestidos de obreritas.

El patrón venía a cada rato. Examinaba lo hecho y anotaba los errores con expresivos pellizcos y golpes. A la noche, terminada la faena de las felpas y de las borlas, el judío se transformaba en el hombre más amable. Su cara flaca, su nariz gibosa, se iluminaban. Conversábamos de todo. El frecuentaba la cantina próxima, donde proclamaba en francés, ante los bebedores habituales, la vuelta a Palestina, a raíz del primer Congreso sionista, que debía celebrarse en Basilea.

La idea del improbable retorno a Jerusalén inflamaba su alma y enardecía su imaginación. El tosco fabricante se convertía en anunciador de la vuelta a la tierra de la Biblia y sobre su perfil descarnado se cernía la fiereza trágica de los profetas.

—Hay que conocer a Jerusalén. Yo he viajado por

las regiones de Judea y te aseguro, no hay una tierra tan dulce. Se esterilizó en manos del turco, pero nosotros le devolveremos la antigua fertilidad, así como reconstruiremos el templo.

También había visto la pared única de la Sinagoga que sobrevive a las edades, resto fúnebre del reino de Salomón, del reino de Israel.

Es una pared obscura, riscosa; cubierta de musgos y poblada de insectos. Allí, los viernes, a la noche, desciende Jehová y lamenta la destrucción del imperio que confiara, después del éxodo, a su pueblo elegido. Y Jehová, arrepentido de su obra, señala su tristeza divina con una lágrima que riega las piedras cargadas de siglos, y en su lugar surgen verdes herbajes. Este crecimiento sobre la muerte indica a las falanges de Moisés, dispersas por los caminos del mundo, que su esperanza debe renacer y sus corazones angustiados por un largo martirio, deben confiar en el Señor, como confiaron cuando amasaban con los piés desnudos, barro mezclado con vidrio, en los días de Faraón.

La enérgica arenga terminaba habitualmente con las palabras con que, en las noches de Pascuas, el padre explica, inclinado sobre la mesa ritual, el episodio de la Huída: "¡Dios nos libertó con su fuerte brazo!..."

Cuando hablaba así, recordaba yo discursos idénticos oídos a un viejo cigarrero, en cuya casa trabajara, y quien deseaba, por lo menos, morir en Jerusalén, ya que la vida le había alejado de ella. También la había conocido en su juventud, cuando su padre era rabino en el Cairo y vendía tapices...

* * *

Me había levantado con un humor menos nebuloso. Obstinábame en la esperanza de ganar bastante ese día en mi peregrinación comercial a Barracas al Sur. Eran las cuatro de la mañana. Aclarábase el cielo en la pureza matinal, barridas las nubes amenazadoras de la víspera, por el viento caluroso de la noche. El bulto era enorme y apenas podían soportarlo mis espaldas. La

calle estaba desierta y la ciudad despertaba tiñéndose en la aurora sofocante la parte superior de las casas. Iba por la calle Viamonte, rumbo a los diques, con el propósito de dirigirme a Barracas al Sur, costeando el río, seguro de vender algo, en tanto despierten las dársenas...

Eso sí, el bulto me abrumaba. Describía curvas de beodo bajo su peso anormal, y con voz fuerte proclamaba las excelencias de mi mercancía, cuyo conjunto era un resumen de tienda. Mi voz agujereaba el silencio en que dormían las casas, cantando el nombre de los artículos con tonada larga y gruesa, pronto enronquecida por la sequedad de la garganta en ayunas...

Pesaba el bulto, pero cada vez sentía menos su peso. Recuerdos del pasado, reminiscencias de la bíblica chacra desvanecida, las angustias de las cinco profesiones aprendidas en monótonas jornadas de taller, esperanzas locas de futuro uníanse en mi alma al contagio de la mañana, grávida de ensueño y de rosa. ¿Puede sentirse el peso de algo, a los catorce años, cuando el cielo se tiñe como una fresca mejilla? Así mi corazón se llenaba de heroico regocijo. Adaptaba mi vida a los ejemplos edificantes de Smiles y alababa la persistencia en el esfuerzo, que debía, a lo largo del tiempo, conducirme a la gloria, exhibida ante los transeuntes en las chapas luminosas donde brillaría el blasón doctoral.

Y mientras tocaba con la mano los límites del cielo, ofrecía chaquetas y blusas...

Aumentaba el ruido en las calles. Los carros se estacionaban ante los grandes negocios, las pequeñas tiendas se abrían y los despachos de bebidas donde se detenían los obreros con los sacos pringosos al hombro. Uno me chistó desde un umbral.

—¡Eh, mercachifle!

Era albañil, manchado de cal y de barro el traje cotidiano y los zuecos deshechos ostentaban blancos círculos.

—¿Tienes delantales?

—¿De qué color?
—Azules.
—No tengo...
—Será otra vez, entonces.
Mientras apoyaba el bulto en la pared de la taberna llena de humo, para arreglármelo mejor sobre la espalda, oí comentarios sobre mi comercio. Aseguraba el albañil que la venta callejera de mercadería era un medio de hacerse pronto muy rico.
—No es el andamio — afiirmó. — Este muchacho debe ganar dinero. Así se hacen los burgueses.
Sentí un deseo vehemente de desengañarlo y asociarme a su visible antipatía hacia el burgués, ser despreciable, cuya desaparición, junto con el régimen que lo nutre, había profetizado yo en un escrito aparecido en el periódico del colegio y que *La Vanguardia* rechazara por considerarlo demasiado literario...
No tardé en llegar al dique. Vendedores ambulaban con sus almacenes rodantes voceando perezosamente comestibles. Sentía sed. No llevaba un centavo conmigo, claro está, puesto que iba a enriquecerme. Mi esperanza, no confirmada por indicio alguno, se agrandaba. Ya era día pleno. El sol, muy alto, cubría la superficie lejana del río y vertía oro líquido sobre el bosque de mástiles, en cuyas puntas de flecha ondeaban en la pureza de la mañana, los colores vivos de los gallardetes. Iban y venían vapores revolviendo el agua obscura de los diques, entre la grita de los marinos y el ruido ensordecedor de las máquinas cargadoras que hacían rechinar las anillas de sus monstruosas cadenas. El vértigo poseía las dársenas estallando en la acústica del espacio la sinfonía colosal, el ritmo de pujante y bárbaro, acordado por el paso de la estiba, que se extendía a lo largo de la ribera, negra de navíos y de gente.
Un ciego, acompañado de un enclenque lazarillo, añadió al vasto disturbio la melodía en pauta de roncas quejumbres, que sollozaba el acordeón en un pasaje de ópera tierna...

Aún no había vendido por valor de diez centavos siquiera. Pensé con terror: ¿Si las ganancias se redujeran a nada? Temblé y sentí en al garganta la aspereza de cuarenta cuadras de gritos inútiles. Sentí hambre y sed, y me irrité contra el absurdo optimismo que me indujo a salir sin dinero.

Aceleré la marcha un poco amargado, bajo el peso del bulto, vírgen todavía...

* * *

De pronto, me llamó alguien. Estaba cerca de una casilla. Era un hombre viejo ya. Con voz afónica preguntó:

—¿Qué vendes?

Después de saludarle con familiaridad democrática, aprendida en las asambleas socialistas donde yo regeneraba al mundo, informé a mi cliente que vendía artículos de mercería y de tienda a precios realmente increíbles, y me quejé del calor.

—Necesito unos pantalones gruesos.

Me explicó que partía esa tarde en el *Cuzco* a lugares donde domina una temperatura polar. El marinero se inclinó sobre mi fardo abierto con rapidez. El probable comprador representaba unos sesenta años. Su cara seca y obscura, como modelada en barro, evocaba las láminas en que aparecen marineros en momentos extremos. Me acordé de una, intercalada en un libro de Verne, cuya leyenda decía: "Entonces el lobo de mar abrió la ventanilla del buque". Su rostro abrillantaba el sudor llenando las hondas arrugas, azotadas por los vientos lejanos del Sur y quemadas por el sol que ardía en el muelle de la metrópoli.

—¿En cuánto vendes ese par?

—Es lana pura.

—Pero ¿cuánto?

Pensé en la necesidad de inaugurar la venta y formulé un precio bajo:

—Cuatro pesos. No es mucho.

—Demasiado. Además, no son de lana, como dices.

¿Quieres tres pesos? De todos modos, difícilmente venderás ahora pantalones tan gruesos.

No quiso entrar en razones. Argumentó contra los mercaderes ambulantes y encontró indispensable exterminarlos. Uno de éstos le había vendido el mes pasado una blusa que no servía.

Até el bulto y me senté en una viga, a la sombra de un galpón. Decididamente, no empezaba bien el día de las grandes ganancias...

Por el extremo opuesto del dique entraba un transatlántico, precedido por dos vaporcitos Las letras doradas del nombre refulgían en el costado de proa, orladas de chispas a la luz del sol. El *Oxford,* comidas las pinturas de las bordas por el agua del mar, se aproximaba con lentitul solemne de héroe. Viraba de babor a estribor, como describiendo pausadas salutaciones. En los cordajes aparecieron banderas sucesivas, al compás de silbatos que llenaron la dársena toda con su estridencia. En la cubierta aglomerábanse los pasajeros, en grupos compactos, mezclados ante el panorama jubiloso de la ciudad, distraídos turistas y emigrantes lamentables: gringos venidos de comarcas estrechas con un programa de conquista en la cabeza y los ojos entristecidos por el hambre, llenos de leyenda sobre la América vírgen, la armoniosa leyenda del oro accesible, esparcida en el mundo desde Marco Polo hasta los que se enriquecieron en los oficios comunes, en los días corrientes de la República.

Un transeunte me preguntó, tocándome con un leve bastón de junco, si tenía pañuelos de seda. No tenía.

Creí reconocer en esa persona vestida de blanco, a un profesor del colegio. Alto, buen mozo, elegante en su traje de brin, erguíase ante mí con una sonrisa en los labios.

—¿Qué me miras tanto?

—Hombre, me parecía...

—¿Qué gringuito?

—¿No es usted profesor del colegio nacional?

No era. Me informó ser inspector de la aduana; ha-

bía salido de casa olvidándose el pañuelo y deseaba comprar uno, pero de seda.

Interesado por el género de la pregunta, tuve que explicarle la casualidad de mi profesión. Halagóme con elogios amables. Ya no me tuteaba.

—¿Y cómo puede cargar semejante bulto?

Manifestéle que no era tan pesado, siendo posible descansar a cada rato. En todo caso, hallaba preferible esa venta callejera a la rueda de hacer cordones, en la pasamanería del judío profético, o la potasa hirviente en que lavaba las molduras de bronce, en un taller de niquelado de la calle Paraná.

—Hoy es primero; hoy habrá ganado bastante.

—No mucho.

Me ofreció un cigarrillo y se fué.

* * *

Nada conseguí vender a lo largo de la inmensa ribera. Nadie necesitaba nada y comprendí la urgencia de no perder tiempo en el trayecto a Barracas.

Allí llegué como a las once, hora del almuerzo, estéril para mi comercio. Descansé en un fresco zaguán, cuya puerta generosa me asiló hasta la una, llena la cabeza de proyectos y el estómago vacío. Resolví dormir, recostado sobre mi sintética tienda, y después me lancé por las calles desconocidas, voceando con vigor nuevo los artículos que me exasperaban la espalda.

Pero nadie se interesaba por las puntillas de hilo, cuya calidad garantizaba de una manera estridente, ni por las blusas y cachemires. Iba de casa en casa, de conventillo en conventillo. Algunos averiguaron precios y me recomendaron venir después del primero, cuando hubieran cobrado la quincena...

Evidentemente, el dueño de *Las cuatro estaciones* se había equivocado en sus cálculos. Sin embargo, no desfallecí y continué la peregrinación por los caserones obreros. En todas partes el mismo espectáculo de la miseria, monótona en su lobreguez arrabaleña, llena de ruidos y de gritos.

En uno de esos conventillos me senté a descansar. Desenvolví el bulto por si llamara la atención algún objeto. Una vecina aseguró que me compraría muchas cosas si viniera el lunes próximo.

—Mi marido — dijo — cobra recién el sábado.

Con tal motivo, entablé una conversación con mi interlocutora. El tema, viejo y próvido, daba margen a agrias consideraciones. Hablábamos de la vida pobre. Le expuse, con grandes ademanes, parte del programa mínimo del socialismo Ella refería angustias comunes. La mujer, joven aún, con un niño en brazos y otros de diversa edad en torno, se quejaba. Un cabello desteñido sombreaba su cara flaca, cavada por los obscuros dolores del suburbio, y avivada por dos llamitas azules que temblaban en el fondo de sus pupilas estriadas de líneas sanguinolentas.

En el patio, los chicos de la numerosa vecindad bullían revolviéndose en el escándalo sofocante del pobrerío. Un rumor continuo llenaba la cueva enorme. Martilleaban hileras de zapateros la dura suela y las máquinas de coser ensodecían la atmósfera, deprimida por tendales de ropa húmeda. Sobre mi espíritu caía la tristeza de la historia que salía de aquella boca de mujer como un hilo de agua turbia. Era italiana. Vino a América siendo muy chica; se casó con un maquinista a los diez y ocho años, un buen hombre, aunque solía beber de vez en cuando.

—También el pobre — añadió — sufre bastante. El año pasado, después de la gran huelga, casi se mata, en un accidente de la vía férrea. Pero es muy bueno y quiere mucho a los niños...

Terminó con un suspiro el episodio de sus amarguras. Una joven se acercó, de una esbeltez elástica y acariciadora. Su cabellera castaña, densa en el tumulto de crenchas, ensombrecía su rostro pensativo. Se interesó por un espejito cuyo precio me pidiera. Y en seguida, encarándose con la vecina, le recomendó:

—Ya sabe, doña María: no olvidarse...

Y se fué a la puerta de calle con un pedazo de canción en los labios...

Cuando salí de ese conventillo eran las cuatro de la tarde. Me encaminé al barrio Piñeiro. El hambre me apremiaba seriamente y el despecho me torturaba aún más que el hambre. Descendía el sol. A lo lejos, el río se enrojecía bajo un cielo deslumbrante y magnífico, y serenos como navíos sobre aguas tranquilas, elevábanse las cometas en el crepúsculo diáfano. La tarde se anegaba en dulzuras profundas. Tal cual vaca pacía en los huecos cercanos y tal cual enteco rocín aumentaba la suave tristeza del paisaje con su silueta nostálgica. Aquí y allá, una cara de mujer, un niño con los libros bajo el brazo agravaban la melancolía del diseño. En las chacras frecuentes, las ranas ensayaban la serenata de tonada crepuscular substituyendo violines y flautas con un largo sonar de crótalos. Palidecía el horizonte tras la selva de mástiles y los buques se abrumaban en sueños de lejanías; yo pensaba en el día de infructuosas fatigas. Sentíame derrengado y triste; pensé en la distancia que me separaba de mi casa, en la calle Corrientes, frente a *Las cuatro estaciones*, y de las horas que andaría aún por aquellos lugares, que iban envolviendo lentamente las sombras. Recorrí todavía muchos sitios de los barrios ralos que circundaban entonces a Barracas al Sur y emprendí la marcha de regreso.

Ya no había sol. Crucé algunos potreros y pequeños eriales, rumbo al centro de la ciudad, presa de vagos miedos, sin conocer los parajes donde no habría sido improbable un asalto.

Caminaba amodorrado el espíritu y deshecho de cansancio. Poco a poco cerraba la noche. Las fuerzas se me iban lentamente agotando. Me sofocaba el calor. La extenuación deprimía mi voluntad, tan gallarda durante toda la mañana, capaz entonces de transponer océanos. Caminaba sin poder mantenerme en línea recta. La giba de géneros envueltos en la amplia lona, me recordaba la ignominia de la derrota y mis espaldas inundadas de quemante sudor se derretían bajo su peso. Flácidos los músculos, indóciles los pies, vacilaba

como un ébrio y la cabeza ya no anidaba los sueños que en la madrugada de ese día se extendieran bajo el cielo matinal. Veía tan sólo la obscuridad que me rodeaba. De trecho en trecho un farol iluminaba trozos de ruinosa pared. Oíanse cánticos y ladridos en la quietud confusa, aumentada por el río atestado y la ciudad próxima. En el umbral de una casa semiderruída, sobre cuyo tejado lamentábase un gato con maullidos espantables que parecían quejas de mujer, un vagabundo mojaba pedazos de pan en un tarrito de líquido. El personaje me dió miedo y aceleré la marcha. Pronto me hallé en la calle Belgrano y poco después atravesaba el Puente Alsina. Todavía me separaban kilómetros de mi casa.

Varias horas más tarde divisé la Avenida de Mayo. Temía que los vigilantes me interceptaran, arrestándome por llevar bultos de noche. La posibilidad de ese trance me llenaba de angustia, pues no tenía patente. Pero la desgracia sobrevino en otra forma. Al aproximarme a la calle Cerrito, tuve la mala suerte de rozar con mi tienda intacta a una dama, a quien acompañaba un caballero que hablaba en voz alta. Este se dió vuelta y me empujó tan réciamente, que caí, golpeando con el bulto al agente de policía. Era frente al teatro de Mayo, justamente en la esquina. El gentío del vestíbulo me rodeó presenciando entre comentarios oportunos cómo fuí conducido a la comisaría, y sólo a la una de la mañana pude encontrarme en casa, donde la inquietud causada por tan rara tardanza impidió averiguar el resultado del día de las grandes ganancias.

EL BREVIARIO DEL PADRE ALBORNOZ

El viejecito aspiraba rapé y decía siempre: «hace ya mucho tiempo, hace ya mucho tiempo»
GOGOL

Me llaman Diego Albornoz. Soy cura de la iglesia de San Silvestre, en el pueblo de Las Colinas. Es éste un pueblo tranquilo, adormecido en una quietud imperturbable. Ningún ruido destruye el silencio de las calles pequeñas, salvo el repique de las campanas, cuyo oficio es comunicar a los vecinos la hora transcurrida y el turno distinto de las misas. Me olvidaba: La estación del ferrocarril agrega a mis campanas un silbato poco frecuente.

Yo soy lo que se dice un buen hombre, y mi alma, adormecida como esa villa, no es muy vanidosa. Es limitada en sus anhelos y nunca se apartó de los senderos de la más perfecta humildad. No tuve deseos demasiado violentos ni tristezas demasiado profundas. Debo añadir — y lo anoto como deficiencia de mi vida eclesiástica — que jamás dominóme esa alegría aconsejada por los escritores sagrados para mantener el corazón en la certidumbre de Dios. Mantúveme en un término medio monótono. No llegué al regocijo, pero tampoco turbó la serenidad de mis días ningún dolor agudo, de esos que concluyen en raptos de crisis. No he hecho grandes beneficios... Y este pueblito es el reflejo de mi vida toda. Quieto, indiferente bajo el azul suntuoso del cielo, cabe en sus callejas sin plan y en sus edifiicios sin gracia, la historia de mi espíritu, la biografía invariable de mi existencia, que se desliza en el sigilio de la paz rural, entre los intereses mediocres de

mi feligresía y las recreaciones ingénuas determinadas por un fastidio no menos mediocre. Si yo escribiera mis memorias describiría un aburrimiento apacible de treinta y cinco años. Durante este tiempo he envejecido como las casas que circundan la diminuta iglesia de San Silvestre, cuyas paredes han perdido ya el color rojo de los ladrillos que se convertía en llamas cuando el crepúsculo las envolvía. Llegué aquí teniendo veinticinco años, con el pensamiento de quedarme un par de meses. He cumplido sesenta y aún permanezco aquí. Ya no soy aquel joven clérigo a quien atribuyeron a su llegada historias inverosímiles. Ahora soy un viejecito arrugado, a quien todos se confían y todos conceden su estimación.

—Ahí viene nuestro cura — dice la viuda del boticario a su hija.

Para cada uno soy ahora "nuestro cura", es decir, un objeto común, inofensivo y habitual. Así vivo, imperturbable en mi melancolía como la quietud de *Las Colinas*. Espero con resignada paciencia mi última hora, y cuando descienda al sepulcro, bajo la bendición de un sacerdote forastero y las miradas de mis feligreses, la gente ignorará que esa vida ocultó en su monotonía beatífica el recuerdo de una palpitación, de un soplo que se extinguió, como se extingue en la calma de las tardes plácidas el repique de las campanas amigas. Es un episodio que nadie conocerá y llevaré este secreto conmigo, cuando mis huesos sin médula descansen de esa existencia exenta de azares.

Mi único confidente es el breviario, viejo como yo, cuyas tapas, de un tono benigno, ocultan en su interior el testimonio de una huella mundana. Cuando me acuerdo, retorno a los días lejanos de mi juventud y un aroma endulza mi vejez. Sin duda, yo obré como un sacerdote digno. Sin extremar mi fe hasta la exaltación, pude apreciar el gusto inquietante del sacrificio y contarme entre el reducido número de hombres que son capaces de olvidarse de sí. Isabel, tú apaciguas mis obscuras tristezas y haces agradable a mis ojos fatiga-

dos por la lectura el panorama siempre igual del pueblito. Isabel, eres la flor desconocida de mi huerto, y desde tu escondite derramas el perfume sobre mí y consigues, con la sola evocación de tu silueta desvanecida, infundir fortaleza a mis años y tornar amable el invierno que me va encorvando. Isabel, yo te bendigo desde el retiro de mi iglesia campesina, húmeda, chica y malhumorada y cuando pronuncio el nombre de las mujeres piadosas que estrellan el infinito, tu imagen aparece, velada por una leve melancolía. Bendita tú eres entre todas, consuelo de mis penas, refugio de mi memoria; Isabel...

* * *

Hacía un año que yo era cura de San Silvestre. Serio, escrupuloso y tímido, observaba las prescripciones de la religión con una exactitud mesurada y los pacíficos habitantes de *Las Colinas* se habían ya acostumbrado conmigo. Distante de las reyertas locales, atribuía poca importancia a los actos de los incrédulos, con quienes me relacionaba una amistad vecinal, y tampoco fundaba la gloria de los cielos sobre la devoción exclusiva de mis feligreses. Dominábame una incierta tristeza y prefería a las tertulias de la botica y las controversias políticas del jefe de la estación, el aislamiento de mi cuarto lúgubre. Por la índole de mi naturaleza, me inclino a la sociedad de los humildes y hallo grata la compañía de los seres rústicos, de las almas grotescas y simples. Pero no puedo, entre ellos participar de sus alegrías y terciar en sus detalles cotidianos. Sólo me son accesibles sus amarguras vulgares y la bondad inocente que los hace sagrados.

Así fué que todos notaron mi melancolía y poco a poco, como renunciara a convites y distracciones ajenas a mis costumbres, se intentó explicar mi carácter fundando mi modo de ser en antecedentes absurdos. En torno mío, se formó una leyenda curiosa. Resulté héroe de amores secretos con una gran dama de Buenos Aires y fuí desterrado por la rivalidad envidiosa

del señor obispo. Mas la novela se borró, y nadie — que yo sepa al menos — ensayó nuevas interpretaciones.

Una tarde, encontrábame en casa de una familia de agricultores, gente muy buena. Tomábamos te. En el patio estaba dispuesta la mesa y los chicos jugaban a pocos pasos de nosotros. Los dueños de casa me hablaban de la huerta, de tal o cual vecino. La hija, una muchacha de veinte años, bordaba una tohalla. Era de una belleza casi delicada sin dejar de ser robusta, y sus dos ojos, grandes y sombríos, permanecían inmóviles bajo el arco fino de las pestañas. Sus movimientos eran ágiles, y de su persona fluía una gracia melancólica que, ciertamente, jamás me había preocupado. Las demás muchachas de la villa no la estimaban con exceso y la consideraban con menosprecio.

Aquella tarde apenas si me contestó a la pregunta indispensable sobre el estado — por otra parte excelente — de su salud. De pronto interrumpió el relato de su padre con estas palabras:

—Me parece que usted aburre al señor cura con sus cosas.

—Se equivoca, Isabel — respondí.

—No. Yo no me equivoco. Las cosas de la cosecha y de la labranza, de las gallinas y del boticario, tienen que fastidiarle. Si no fuera así, usted no estaría siempre tan triste...

Esa inesperada observación me perturbó. Aumentó en mi alma la melancolía, y cuando me hallé solo en mi cuarto, junto a la indigente iglesiuca, examiné con minuciosa crueldad mi vida sin objeto. ¿Qué hacía yo en *Las Colinas?* ¿Qué iba a ser de mí en otra parte? Aquella noche no pude conciliar el sueño. Las palabras de la muchacha labriega sonaban en mis oídos como golpes menudos en el vidrio de la ventana. No me acostumbraba a la existencia monótona y grave del pueblo y tampoco me decidía a abandonarlo. Mi habitación, vacía de todo adorno, fosca como una celda, contribuyó muy poco para sacarme de tales pensamientos. No

sé por qué, recordé horas de infancia y evoqué mis estudios en la escuela primaria. Mi compañero de banco —tengo presente su carita mofletuda y boba — solía hablarme de su novia. Ese detalle avivó la orfandad de mi corazón en aquel momento y me sentí desdichado casi por no haber tenido, como ese chiquillo de colegio, una vaga novia en los juegos de la plaza, cuando cae el sol, las niñeras discretean con los guardianes, y los niños unidos en rueda, cantan tumultuosamente:

"Este oficio no me agrada
Matan-tira-liru-liru-lá..."

El auxilio del breviario fué escaso. No dormí en toda la noche y me levanté con la madrugada. Los edificios, en panorama caricaturesco, iban iluminándose en la incierta claridad del amanecer. El cielo estaba limpio como una lámina de cristal y el aire transparente. En las líneas lejanas del horizonte pintábanse manchas rojizas y en seguida apareció el sol, visiendo casas y árboles en una túnica de rayos violentos. Era una mañana dulce y toda la poesía del otoño se concentraba en su desperezamiento lánguido y pensativo, glorificado por el canto de los pájaros y el paso tardo de los agricultores. Salía de la iglesia y me encaminé hacia el arroyo próximo, sin un móvil seguro ni un deseo determinado. Hacíalo por caminar, y, sobre todo, por distraerme de angustias tan dudosas como el objeto de mi paseo.

Un vecino, guiando una yunta de bueyes negros, me saludó:

—¿A tomar aire tan temprano, señor cura?

—Es cierto.

—Parece usted enfermo.

—Estoy algo mal...

El pueblito quedó a mi espalda, anegado en la luz riente del día. Las paredes obscuras, las casas ruinosas, revivían en esa fiesta de colores y sonidos, y el campanario, tímido como un ensayo, se erguía, impreciso, por sobre el hacinamiento de viviendas rurales.

Yo iba pensando: "parezco enfermo". Y esta idea me repicaba en el cerebro al mismo tiempo que de mis labios pendía continuamente, como una cuenta de perlas, las sílabas de un nombre.

Ante mis ojos, precediéndome en el camino, su imagen se desenvolvía, perezosa y lenta, en sus gracias delicadas y recias a la vez. No era mi cuerpo, sino mi alma, la que se encantaba, en la certidumbre dolorosa de su soledad, con esa aparición. Era mi alma la que había extendido los brazos en el desconsuelo de su aislamiento, hacia ese ensueño que me había salido al paso, agravando mis melancolías de huérfano...

Media hora más tarde descansaba ya en la ribera del arroyo. El sol desmenuzaba el oro agresivo de sus rayos en las aguas fangosas, donde permanecían en el silencio, como navíos infantiles, pequeñas islitas de verdín. Croaban las ranas su cántico en la delicia de la mañana y mi corazón se adormeció como mi cuerpo en una placidez inefable.

Cerráronseme los ojos y un sueño blando me presentó, como contraste de mi vida, el rostro incomparable de la moza.

¿Podría yo describir el asombro producido por su presencia real cuando mis pupilas se abrieron? Estaba sión de angustia. Me levanté.

—Padre — dijo — me acerqué porque le he visto allí, magnífica y dulce. Cubría su cuerpo un vestido de percal azul, sobre cuyo fondo puntos amarillos daban una ilusión de cielo estrellado. Recordé la estampa donde la Vírgen María pisa el globo terrestre rodeado de nubes grises, envuelta en un manto constelado de estrellas de oro. Isabel tenía un vago parecido con Nuestra Señora y en su boca divisé la misma expreacostado. Temí que estuviera enfermo.

—Gracias, hija mía — repuse. — Estoy bien. Me recosté un poco para descansar, pues he pasado la noche leyendo. ¿Adónde se dirigía usted?

—Iba a ver a una vecina: un encargo de mi madre.

Se calló. Por su frente armoniosa pasó como una som-

bra y expiró en sus labios breves sin haberse traducido en palabras.

—Padre...

—¿Isabel?

Me miró largo rato sin decirme algo. Por fin, dijo:

—Señor cura, usted está siempre triste.

—Es cierto, hija mía. Es una desgracia para mí. Un sacerdote digno de su apacible ministerio debe ser alegre para ser bueno. La tristeza no predispone a la bondad y nos induce con frecuencia a justificar las malas acciones...

Isabel se fué. Desde aquel día visitaba con asiduidad esa familia de agricultores, en cuyo seno mi angustia tranquila se expandía con dulzura.

Una mañana me anunció el deseo de hablarme.

—Señor cura: mis padres me quieren casar con un mozo de la vecindad. Necesito su consejo.

La escena ocurría en el jardín. Al oír esta palabras me apoyé en el tronco de un árbol seco y sin ramas.

—No puedo darle consejos — respondí con esfuerzo. No deben darse consejos en estos asuntos. Puedo tan sólo recomendarle que no contraríe sus sentimientos.

—Siendo así, señor cura, no puedo casarme con el mozo de que le hablo. Padre...

Bajó los ojos y sus pestañas sombrías no se levantaron sino cuando yo empecé a hablarla.

—Isabel: si insistes un minuto más abandono hoy mismo el pueblo.

Mi breviario cayó al suelo. Isabel lo recogió, lo besó, y entre sus hojas gastadas asiló una violeta. Lentamente se alejó mientras por mis mejillas rapadas descendían dos lágrimas. No supe más de Isabel, y sólo recuerdo la gracia noble de su figura y la belleza caritativa de su alma, cuya imagen reproduce la violeta que duerme hace treinta y cuatro años en mi breviario, testigo persistente de aquel suceso lejano y fugaz que perfuma mi existencia y hace tolerable la monotonía lúgubre de las horas.

EL CICLO HEROICO

Aquella noche, la logia idealista — así la llamaba Sandoz — discutía problemas de actualidad. Cada uno de los presentes expuso ideas atrevidas y todos llegaron a la conclusión de que el régimen, monarquía o república, excluye lo sublime y aleja a los hombres de la vida alta y noble.

Este pensamiento fué desarrollado por el escultor con toda amplitud. Considerábase por múltiples razones espíritu aristocrático, y por lo tanto, reprobaba lo moderno como un atentado contra su propia persona y contra la naturaleza de sus gustos refinados. Por esto expresó a sus amigos el odio invencible hacia la gente que se ocupa de política y medita en cosas tan superficiales y bajas como el bienestar económico de la humanidad.

— El mundo — dijo — ha descendido en exceso.

Por décima vez repitió el argumento de una obra suya no empezada todavía. Cuando hablaba de ella, elevaba la voz como si perorara en público, y sus sentencias indignadas se unían frecuentemente a gestos más expresivos aun. Enemigo de lo moderno, no había logrado, sin embargo, substraerse al contagio modernista, y como sus colegas, usaba cabellera extensa, dividida en dos alas undosas y recurría a los símbolos.

— Mi obra — prosiguió, sorbiendo a intervalos el café ya enfriado — será un himno a las edades extinguidas; representaré, en un episodio saliente, a los cristianos en el circo imperial, quienes, a mi juicio, afirmaron por última vez el heroísmo sobre la tierra.

Se calló. Los contertulios del Garibaldi conocían tales ideas y no ignoraban que la realización del magno

proyecto tardaría mucho tiempo, porque Sandoz, actual sin quererlo, era un carácter perezoso. Además, carecía de la fe necesaria para llevar a cabo un plan cualquiera.

Leonardo Cruz escuchó la disertación sin perder una palabra. Varias veces interrogado sobre el asunto, contestó con encogimientos de hombro. Más huraño que de costumbre, parecía tener la cara alargada bajo la palidez habitual y la barba negra y poco abundante, revuelta por la nerviosidad, le daba un aspecto de ira.

Familiarizados con él, en poco tiempo, desconfiaban, a pesar de todo. Sus juicios, por lo común contrarios a las teorías sostenidas con ahinco tan bravo, turbaban a los miembros de la logia. Pero sabían que Cruz era sincero y su temor consistía únicamente en no poder refutar sus opiniones, que según su propia afirmación, tenían la originalidad de basarse en el buen sentido.

— Un hombre sensato — decía — es tan raro en estos tiempos como un hombre de genio. Por otra parte, no hay persona de mediana capacidad que no se crea destinada a constituir el eje de la historia.

Sandoz mostróse insistente y Pedro Domínguez, jefe del grupo, se asoció al pedido de todos. Obligado a hablar después de largos requerimientos, Leonardo Cruz preguntó al escultor si consideraba a los cristianos los únicos héroes. Como contestara afirmativamente, lo refutó de esta manera:

— La historia minuciosa del cristianismo ha demostrado que es la religión más perdurable por la abundancia de los episodios legendarios en su origen. No es extraño que el fervor de una fe nueva conduzca al circo romano los mártires cuya muerte indescriptible halla en sus rostros apretados por las patas de las fieras, un signo de alegría tranquila.

Más asombra la resistencia de los hebreos en Alejandría. Ocupaban dos barrios de los cinco que formaban la ciudad. Los judíos eran ricos. Sus templos se llenaban de creyentes en la mañana de los sábados y los egipcios presenciaban espectáculos de inusitado esplendor. Sus escuelas eran célebres. Alejandría era enton-

ces, como dice Paúl de Saint Víctor, la Jerusalén laica de Israel. Les hablo del tiempo en que el Rabí caminaba por los suburbios de la sagrada capital en compañía de niños pobres haciendo pajaritos de barro, que según cierta tradición, volaban después bajo el cielo. Fué entonces cuando los habitantes de Alejandría organizaron masacres de judíos. Ellos dieron la señal. Convertidos a la Iglesia fundada por los discípulos de Jesús, sufrieron las primeras persecuciones. Más tarde, la obra comenzada en Egipto se completó sabiamente en todos los países del mundo. Pero las masacres aquellas dieron lugar a escenas de belleza memorable. Las bandas precursoras de los antisemitas rodearon cierta vez una sinagoga donde predicaba los sábados el dulce Philón. Junto al santuario — el Uron-Kadesch — una anciana imploraba a Jehová cuando la horda penetró, empuñando hachones encendidos y lanzas sobre cuyas puntas pendían cabezas sangrando.

— Vieja — exclamó uno de éstos — dinos que aborreces a tu Dios y te perdonaremos la vida.

La anciana no interrumpió la plegaria.

Un hachón le fué arrimado a la cara poblada de arrugas. Imperturbable como una piedra, continuó murmurando palabras en gloria del Altísimo. Dijéronle que su marido, sus hijos y sus hermanos perecieron. Nada. Cortáronle los brazos. Minutos después, la mujer dijo a los egipcios:

— Os doy gracias por haberme dejado terminar la oración. Sabréis que es gran pecado interrumpirla: el Muy Fuerte os lo tendrá en cuenta. Y murió.

— En efecto — comentó uno de la rueda — el episodio es interesante, pero no refuta las creencias de Sandoz.

— Así lo pienso — añadió éste. — Lo narrado por el amigo Cruz refuerza mi argumento. Demuestra que el heroísmo ha florecido en la antigüedad, mientras ahora los días transcurren entre áridas reyertas comerciales.

— Creer que hoy no existe el heroísmo es como afir-

mar que en los siglos anteriores no existía el comercio — repuso Leonardo Cruz.

—¿Podría citar un ejemplo? — interrogaron.

—Hay muchos. Basta leer los telegramas de los diarios. Nò me refiero ni a la ocupación militar de Marruecos ni a los sucesos del Benadir. Lean ustedes las noticias de Rusia. En esa tierra cubierta de barbarie descubriréis actos hermosos. Lean las noticias de Turquía y de Persia.

Pedro Domínguez presentó una serie de censuras contra Tolstoi. A su juicio era un místico que deseaba un género de vida imposible.

—Atribuye a los hombres — sintetizó — tendencias evangélicas opuestas a su carácter.

—En primer lugar, no discutimos a Tolstoi — replicó Cruz. — En segundo lugar, los defectos que señala usted, amigo Domínguez, en el viejo profeta de Yasnaia Poliana son comunes a todos los espíritus ocupados en la mejora del mundo. Estoy por decir que son defectos comunes a todos los grandes espíritus. Es decir, no son defectos. Tolstoi, fatigado ante el espectáculo del odio sin lógica, quiere suprimirlo reduciendo las necesidades, fuente del mal según su filosofía, por lo menos tan digna de respeto como la doctrina optimista de Mr. Lubock, fundada en las locomotoras de Stevenson y en las instalaciones eléctricas. Un místico fué Campanella. Creó la Ciudad del Sol. Pobló sus llanuras luminosas con palacios aéreos y concedió a los hombres y las aves almas igualmente diáfanas, inundadas de regocijo, bajo un cielo de primavera perpetua. Místicos fueron todos los grandes hermanos de Don Quijote, todos los que se esforzaron en levantar el corazón de la especie a medio metro del suelo.

Leonardo Cruz guardó silencio después de este breve discurso.

No ignoraba sus cualidades de orador y esto lo humillaba. Su desprecio por la oratoria llegaba a extremos excesivos y a menudo mostrábase elocuente en sus arengas del Garibaldi, para probar la inferioridad de

este arte. La circunstancia determinó a un contertulio a contestarle con una gentileza elegante:

— Usted desea desprestigiar la oratoria y para hacerlo se vale con maestría de todos sus recursos, consiguiendo arraigar en nosotros, gracias a este método, ideas opuestas a las que sostiene.

— Su defensa de Tolstoi — aseguró Sandoz — nos ha gustado. Pero, usted habló de los telegramas de Rusia. Yo no veo allí algo que pueda autorizar una comparación entre la vida actual, llena de trusts y de compañías anónimas, con los ciclos heroicos. Usted quedó en darnos un ejemplo.

Cruz se disponía a hacerlo, mas era un poco tarde. En el café quedaban escasas personas. Los mozos, reunidos junto al mostrador, esperaban que la asamblea se disolviera. Así lo comprendieron los miembros de la logia y aplazaron la discusión hasta el día siguiente.

— Será algo definitivo — dijo uno — ¿No es cierto?

Y Leonardo Cruz, respondió:

— Es un episodio sencillo y terrible. Me lo refirió un compañero del pope Gapón, que había estado en Siberia, de donde se fugó. Ahora trabaja de jornalero en la provincia de Santa Fe. Es un abogado de Moscú.

* * *

A la noche siguiente los amigos del Garibaldi se congregaron a hora temprana. Llovía. La sala estaba llena de gente y de humo. En los espejos, empañados por la humedad, reproducíanse las siluetas como en un caleidoscopio fantástico. Por los senderos que separan las mesas, el dueño de la casa paseaba su cara abultada y su vientre enorme, repartiendo saludos y atenciones. Cerca de las nueve llegó Leonardo Cruz. El encuentro con un amigo fué la causa del retardo. Pidió una taza de te y la acompañó con una copita de rum.

Pedro Domínguez inició el debate renovando las censuras contra Tolstoi.

— Es un viejo ridículo, afirmó.

— Es un viejo sublime — respondió Cruz. — ¿Qué escritor francés, inglés o italiano puede salir con la

svita del mujick, un cayado y una alforja en la espalda a pedir limosna para los pobres sin provocar la risa? Sólo un hombre como Tolstoi puede hacerlo, por ser un gran señor convertido a la humanidad por la gracia divina. Y este abuelo de ochenta años vive vida rústica, en un lugar de Tula, escribe libros como *Resurrección* y compone, cantando entre dientes un cántico de la comarca, los zapatos de los campesinos. Allí ha ido el profesor Lombroso a tomarle la medida del cráneo y un periodista de *Le Temps* lo vió montar un caballo que había peleado contra los japoneses con más gloria que Kaulbars, gobernador y empresario de matanzas en Odessa, y el general Alexieff, el autor de la guerra.

—Señor Cruz — intervino Sandoz — su admiración por Tolstoi, que yo comparto con idéntico entusiasmo, nos privará del relato enunciado ayer. Por él exclusivamente me ve usted aquí. Dejé en casa unas visitas disculpándome en cualquier forma.

Solicitado por la reunión, comenzó Leonardo Cruz el episodio.

—Se trata — dijo — de un hecho ocurrido hace poco. Después de la sublevación de Moscú, el tribunal de Petrogrado inició el proceso contra un grupo de revolucionarios arrestados en distintos sitios. Comparecieron acusados por haber cometido el mismo delito y el fiscal pidió la pena de muerte. Los acusados permanecieron silenciosos en el largo banquillo. Era un grupo conmovedor. Formábanlo un anciano de ancha barba y extensos cabellos de plata, una mujer en cinta, alta, bella y fuerte; una muchacha pálida, iluminada por dos ojos negros y graves; una condesa de alcurnia solemne, seducida por la palabra patriarcal del anciano y las hazañas de un alumno de la escuela politécnica. Junto con ellos figuraban quince estudiantes. Fueron condenados a Siberia por tiempo indeterminado.

—¿Declara usted ser anarquista? — preguntó el presidente del tribunal al viejo.

—No, señor — respondió. — Soy socialista.

—¿Es cierto que usted desea dar muerte al emperador?

—No, señor; al imperio.

El fiscal interrogó:

—Y usted, condesa, ¿por qué se junta con esas personas?

La condesa levantó sus ojos magníficos, sonrió como en las noches de gala en el palacio del zar, diciendo con voz lenta y dulce:

—Es para no juntarme con el ministro Durnovo y evitar que el conde Pobiedonostzeff, presidente del Santo Sínodo, elogie mi escote.

Una tarde fueron sacados de la prisión de Pedro y Pablo y conducidos a Siberia. El tren arrancó ante una vasta muchedumbre, compungida y clamorosa. Nevaba, y como en los libros de Dostoiewsky, el dolor de la partida de los presidarios flotaba en la atmósfera fría, solemnizado por los gemidos del viento.

Durante noches y días interminables, la trágica hilera de vagones rodó a través de la estepa. Junto al furgón de la máquina, los cosacos cantaban cantos escandalosos. De cuando en cuando aparecía el inspector militar en el coche de los prisioneros. Examinaba a cada uno, sin dejar la *nagaika* con su fusta de plomo, y a cada uno dirigía la palabra.

—¿Se fatiga mucho, señora condesa? ¿Acaso le molestan los grillos?

Y miraba las manos finas y blancas de aquella mujer de la alta nobleza, hecha anarquista por piedad hacia los que sufren y ofrecen al mundo con su pertinacia heroica un ejemplo de altiva grandeza. Sangraban bajo el hierro aquellas manos habituadas a las joyas y a las sedas, mientras sus ojos sonreían a todos, al anciano meditabundo, a la niña envuelta en la tristeza de sus pupilas como en un manto negro, a los estudiantes, a la guardia cosaca, a la nieve extendida a ambos lados de la vía, en llanura infinita y desoladora.

A veces los deportados miraban por las ventanillas del tren cómo el sol bañaba la estepa toda blanca. Los

rayos se desmenuzaban sobre la nieve, en fulgores pálidos y el aire se hacía luminoso. Entonces, el anciano se animaba. Venerado como un patriarca, escuchábasele sin contestar. Así exteriorizaba sus impresiones en prolongados monólogos y con frecuencia repetía estas palabras:

—Más penosas eran antes las deportaciones. Ibamos a pie. Recuerdo que cierta vez, uno de los cosacos preguntó a mi compañero Vladimer Korolenko si le gustaba el sol de Siberia. Vladimer contestó: "Sí hermano; es el único sol que por ahora hay en Rusia..."

En esta forma, el viejo revolucionario refería a sus discípulos como un santo de leyenda, historias de sufrimiento y de fe, vividos por él en años de apostólica lucha.

Una mañana el tren se detuvo. Barreras de nieve impedían el avance de la máquina y los rieles desaparecían en profundidades irremovibles. Después de infructuosas maniobras, se ordenó a los condenados seguir a pie hasta la estación próxima. Esta quedaba a setenta verstas de allí.

La columna de presidiarios se organizó. A la cabeza iban el anciano y la condesa, las demás mujeres en el medio y los estudiantes cerraban la marcha. Rodeábalos un grueso cordón de cosacos armados, desnudos los sables y sueltas las terribles nagaikas. Un joven contestó a la insolencia de un soldado. Este le sacudió con el látigo moscovita. A raíz del incidente se produjo el fenómeno más monstruoso de contagio. Todos los cosacos que constituían la ronda comenzaron a latiguear a los prisioneros. Las fustas de plomo caían con golpeteo de martillo sobre las caras de las víctimas. Una vez el látigo se enredó en la cabellera de la condesa, que lo destrenzó de las crenchas sedosas con lentitud, devolviéndolo con sarcástica cortesía. Y en tanto el azote feroz se prolongaba sobre el camino de Siberia, los condenados rompieron a cantar. El estribillo clásico, *La encina irá sola,* salía de aquellas bocas amargas. Con un cántico triunfal respondían a la lluvia de

latigazos. En medio de todas las voces, la voz del anciano vibraba con sones de órgano, midiendo su acento dulce y nítido, el ritmo de la canción simbólica. Por la llanura sin límites el canto se expandía, grave e imponente bajo los silbidos de la nagaika. De pronto, alguien miró a la mujer en cinta. Estaba demacrada y jadeaba, flojos los brazos, agobiados por los grillos. Instantáneamente todos se dieron cuenta y los estudiantes, sin sentir el tormento del látigo, formaron una camilla con sus manos, sobre las cuales la mujer fué recostada. Pocos gritos profirió la mujer. Allí, ante la perspectiva sin fin de nieve, nació un varón y su nacimiento fué señalado sobre el camino todo blanco por un sendero de sangre. La caravana épica se detuvo; practicaron las curas necesarias y el viejo afirmó:

—Así nació un hijo de Lavroff.

De sus ojos profundos cayeron dos lágrimas y continuaron la marcha reanudando la canción, rumbo a la cárcel lejana, nebulosa y patibularia, imagen de Rusia —la casa de los muertos...

* * *

La asamblea del Garibaldi no comentó el relato. Leonardo Cruz encendió un cigarrillo y pidió nuevamente café.

Este episodio — continuó — me lo ha referido, como les dije, un amigo mío, que trabaja ahora de jornalero en unas chacras de Villa Casilda, en la provincia de Santa Fe. Me lo contó con más detalles. Entonces conocía mal el idioma. Confieso que me conmovió más que Dostoiewsky, con sus gestos desmesurados, sus gritos, sus saltos. Empleaba frases cómicas para pintar escenas monstruosas y lloraba al hablar de la condesa, a quien trató en Siberia. Narraba con la sobriedad de un testigo. Huyó de Siberia disfrazado de oficial de cosacos y se hizo amigo del pope Gapón en Ginebra, como lo prueban las cartas de Rabinovich, el jefe de los socialistas rusos residentes en París. Mi amigo es también periodista, pero prefiere vivir de las faenas agrícolas.



Talleres Gráficos A. Ferriol, Montevideo 180 - Bs. As.